

## Una devoción rejuvenecida

**E**n aquellos eufóricos años - ya muy lejanos, por cierto - del Concilio Vaticano II parecía que, para dar espacio a lo nuevo había que tirar por la borda todo lo que oliera a rancio.

El rosario pertenecía a lo rancio. Era una devoción apta para ancianas piadosas, destinada a desaparecer por su propio peso ante el empuje de la nueva liturgia.

Afortunadamente el Papa Juan Pablo II ha impulsado esta práctica cristiana con energía constante. Primero está su ejemplo personal; ¿quién no recuerda aquel rosario mundial rezado desde todos los continentes con enlaces televisivos?

Lo mejor quizá ha sido el acierto con que ha sabido devolverle el esplendor a esta joya de la tradición católica.

Poder contemplar con calma los diversos misterios del Señor distribuidos pedagógicamente a lo largo de una semana habitúa al corazón a tener los ojos fijos en Cristo.

Asociar a María con Cristo como discípula fiel, madre del Señor y madre de la Iglesia nos familiariza con esta figura noble y cercana en nuestra fe cristiana.

Y luego, la cadencia, que no equivale a monotonía. Las avemarías desgranadas armoniosamente forman el telón de fondo de esta oración universal. Hay que ver la importancia que las religiones no cristianas dan a las cadencias en sus oraciones.



La anunciación (1596 - 1600) El Greco (Domenico Theotocopoli, 1541/1542-1614) Museo del Prado, Madrid.

El rezo del rosario ha vuelto a resurgir. La comunidad cristiana le está dando espacio de honor a esta práctica providencial.

Resulta simpático ver cuántos vehículos ostentan el rosario colgado del espejo retrovisor. Y no es un simple adorno, que ya sería mucho.

Heriberto Herrera